

Intervención de Salvatore Mancuso, desde su celda en EE.UU, en la jornada de perdón y reconciliación con las víctimas. Cárcel de Cúcuta, julio 5 / 2013.

Un saludo cordial y respetuoso para todos. Agradecemos la presencia de nuestros invitados y de todas las víctimas, no solo las que están hoy presentes sino también a aquellas que por múltiples factores no pudieron estar en este encuentro de paz y reconciliación.

Saludo también a los postulados que están en otras cárceles y que de corazón sabemos que están acompañándonos.

Quisiera estar físicamente en medio de ustedes pero por razones conocidas por todos me es imposible. Sin embargo, de corazón, de mente y de espíritu estoy con ustedes. Deseo agradecer a todas las personas que nos han apoyado para sacar adelante esta importante y trascendental jornada.

A pesar de las dificultades que nos han hecho quienes no entienden aún que el camino es la reconciliación y el amor, pero con la valiosa ayuda de quiénes sí creen que ese es el camino y con las víctimas lo hemos logrado.

Un agradecimiento a quienes han hecho una nueva oportunidad de acercarnos a quienes hemos ofendido en el pasado, y hoy buscamos su perdón. Sin su ayuda hubiese sido imposible lograrlo. Reiteramos nuestro compromiso de alcanzar la paz y la reconciliación.

Así hable en primera persona, estoy hablando en nombre de los excombatientes que en el pasado comandé.

Mi corazón alberga angustias y pesares que no tendría derecho de expresar aquí ante ustedes, sino fuera porque la sinceridad me obliga ante el compromiso con ustedes y sus familias.

Aguijoneado como estoy por dolores, remordimientos atribulados que navegan las aguas de mi memoria, imágenes que pugnan por salir a la luz, palpitaciones que sacuden mi alma con los ecos de lamentos y gemidos.

Alma mía maltrecha de tanto andar a tumbos por la vida, cegada en sus mejores años por la inclemencia de soles lacerantes y lunas solitarias, y gélidas y filosas pesadillas. Pulular de vientos devastadores y mareas que inundan las orillas de los ríos anegados por la sangre de los muertos, navegando río arriba hacia la madre de todas las heridas, son los recuerdos del horror, los que alientan mi regreso a la tierra del combate, del despojo y el horror.

A mi paso se oscurecen los cielos por el fruto arrebatado de la vida, mientras susurran letanías en su vuelo los pájaros que cantaron esa historia, y lloran los que huyeron temerosos ante aquel horror.

Así, desangran sus huellas las mañanas, que abortaron de los niños las sonrisas, los mediodías sin el pan sobre la mesa, los cuerpos tendidos que yacían. Los respiros cada vez más lentos y cansados, agotando la paciencia de los pueblos, sacudiendo de las madres sus entrañas, maldiciendo de la guerra sus tragedias, los ancianos testigos y rehenes sin música en sus pies.

No vive impunemente quien acompañó con su mirada aquel infierno. Las malezas de la conciencia aletargada, entrelazadas con la derrota de lo bueno. La humillación amarrada a la arrogancia del fusil. La quimera de la falsa victoria sobre la ofrenda del manso cordero de la tierra vencida y mancillada, sobre aquel paraíso convertido en campo de batalla, donde no hubo más derrotados y esclavos los que gritamos triunfo, cuando debimos haber implorado perdón.

Sin embargo hoy estoy aquí, a pesar de todo, a pesar de mí. Por ustedes, por mí, porque la vida nos ha preservado del olvido y también porque sobre todas las cosas visibles e invisibles, urge buscar la paz, y más que buscarla, construirla, y más que construirla, entregarla y recibirla porque sin guerras es posible y humano vivir. Es necesario vivir, porque no hay guerra justa ni digna que nos pueda devolver la vida.

Ofrendaría mi vida para devolver la vida de todos aquellos que la perdieron por nuestras manos. Sin embargo sería inútil porque así no volverán. La vida necesita de las vidas, la vida llama a la vida. Por eso estoy aquí porque la vida nos convoca, la justicia nos reclama.

El perdón es el puente por el que se nos ha invitado a caminar, y yo quiero caminar ese camino del perdón, no porque lo merezca, no porque sea una deuda que ustedes tienen conmigo. Nada de eso. Solo yo, solo nosotros quienes fuimos equivocados combatientes, en mala hora combatientes, acudimos hoy río arriba a la memoria, hacia las fuentes de toda curación, hacia el manantial

de toda bendición, el amor de ustedes, el perdón de ustedes, que no supimos merecer pero si queremos merecer.

Por nosotros, por ustedes, por Colombia, venir hasta aquí ha sido para mí como cruzar una selva enmarañada, atravesar un desierto interminable, beber las lágrimas del universo entero. Como haber vivido una vida entera, haber muerto y sentirme hoy resucitado entre ustedes, como debe ser, como debió haber sido siempre.

Me trajo hasta aquí, hasta ustedes, cumplir la palabra que bajo juramento le hice a Dios, cuando arrepentido en el momento justo antes de entregar el último fusil, juré que el resto de mi vida sería para curar todas las heridas de todas las víctimas que en la primera parte de mi vida causé. Que en el fragor de mi tremendo error e insensatez provoqué.

Cometiendo entonces el ominoso pecado de tomar la vida de mis prójimos en mano, creyendo equivocadamente, que luchaba y me alentaba empuñar las armas de la patria y la libertad. Que equivocados estábamos, mi convicción y arrepentimiento no es de hoy, ni de ayer, es de muchos años atrás y si algo humildemente confirmo en medio de mi congoja y tristeza respetuosa, inclinadas ante el inmenso dolor de ustedes es el haber sido constante, perseverante, paciente hasta haber llegado hasta aquí.

Hasta ustedes, ante ustedes, geográficamente distante, pero de corazón entre ustedes, junto a ustedes, dispuesto a continuar junto a ustedes, ojalá muy cerca si me lo permiten, si me hacen un modesto lugar para buscar codo con codo, mano con mano y por

sobre toda las cosas, la paz de Colombia, la paz de nuestras almas,
la paz de nuestras familias.

Una y mil veces perdón, un millón de veces perdón. Infinitas
veces perdón. Toda la vida, toda la eternidad ¡PERDÓN!